

OPERACIÓN  
LENA



MACARENA ZAMBRANA

---

OPERACIÓN  
LENA

algaida



Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2024

© Macarena Zambrana, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-881-8

Depósito legal: SE. 1868-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Celia, Paula y Carmen*



## CAPÍTULO I

### EN LAS NUBES

«**C**UANDO ERA PEQUEÑA, TUMBADA EN EL JARDÍN DE LA casa de mis abuelos, miraba al cielo e imaginaba que, ahí arriba por encima de esas esponjosas nubes blancas, había un inmenso parque con bancos de madera, de esos que aún no tienen pintadas, ni chicles pegados. Bancos que invitan a sentarse a leer un libro, o simplemente a contemplar de lejos a los niños que juegan a la pelota.

»Imaginaba ese cielo con los abuelos y abuelas que ya no están con nosotros sentados en esos bancos, alimentando a las palomas que se apresuraban a volar cuando algún perrito al que un niño había tenido que decir adiós correteaba detrás de ellas.

»Ese pensamiento me infundía calma y me alejaba del miedo a la muerte. La propia y la de quienes quería.

»Por aquella época, con apenas ocho años, tenía esperanza de volver a abrazar a quien se va, volver a sentir su aliento y saber que en esos bancos de ahí arriba, no había nada que temer, porque la muerte no clausuraba nada.

»Han pasado muchos años desde que dejé de tumbarme en el césped de la casa de mis abuelos. Hace mucho que no miro al cielo con esperanza y desde hace un tiempo he perdido la calma».

---

Después de que la azafata comprobara el código QR de su billete, Ángela siguió el pasillo que conducía al avión. Tardó más de cinco minutos en atravesarlo.

Fue la última en subir, se quedó de pie unos segundos, observando a las personas que viajaban con ella.

Aquel viaje no era uno más. El destino no había sido meditado, ni había descontado los días del calendario hasta que llegase el momento de hacer el listado de cosas que no hay que olvidar en la maleta. Ángela subió al avión nerviosa, llena de miedos y de complejos, pero, sobre todo, rota.

Nunca fue la niña valiente que miraba debajo de las piedras si había algún insecto raro con el que jugar mientras lo acuciaba con un palito. No le gustaba llamar la atención. No fue una adolescente complicada ni una adulta problemática. Nunca había tomado ninguna decisión por ella misma. Tampoco la de realizar ese viaje.

Fue pasando entre los asientos, sin detenerse a observar el rostro de los pasajeros. Le avergonzaba profundamente que alguien pudiese notar cómo estaba por dentro. Se sintió como un niño que pierde de vista a su madre, y se encuentra solo, rodeado de extraños. Tenía ganas de llorar, pero sobre todo, de salir corriendo. Volver a casa y encontrarse a su madre.

—Asiento 26B, es este —musitó.

A su lado, viajaba un señor de unos setenta años, con aspecto bonachón, poco pelo, y gafas de pasta color azul.

—Si le dan miedo los aviones puedo ofrecerle mi mano para que se agarre fuerte al despegar si así se encuentra mejor —le dijo dedicándole una sonrisa.

—Muchas gracias, pero no me dan miedo los aviones —respondió.

El hombre se volvió hacia Ángela:

—Discúlpeme entonces, es que la vi con el rostro algo desencajado, triste y preocupada. Malinterpreté que podría deberse al despegue. Es usted una valiente entonces.



Ángela esbozó una tímida sonrisa antes de susurrar:

—Yo no diría precisamente que soy valiente.

Los motores rugieron cuando el avión tomó la pista de despegue. Ángela cerró los ojos, en un intento por buscar en su interior la valentía que necesitaba. El vuelo que más le asustaba no era el de la aeronave sino el suyo propio.

El viaje se hizo corto, como suelen hacerse los caminos cuando no quieres llegar a un destino. Durante el trayecto, Ángela hizo varios intentos por concentrarse en el libro de Terenci Moix, *No digas que fue un sueño*. La lectura no pasó del segundo párrafo del capítulo 1. No había elegido ese libro por casualidad. Para ella era una especie de amuleto.

Hacia la mitad del libro, sobresalía la esquina de una vieja fotografía. El señor que viajaba junto a ella alcanzó a ver que se trataba de una mujer embarazada, vestía un jersey rojo de cuello vuelto y estaba de pie, delante de una ventana dando la mano a una niña de unos seis años.

La fotografía era de la madre y la hermana de Ángela, y el bebé que esperaba era ella.

## CAPÍTULO II

### ESCAPA

«**N**O CREO QUE EXISTA UN MOMENTO MEJOR PARA EM-  
prender el vuelo que tras la pérdida de la ilusión. Sin  
ella, la magia se escapa como arena entre los dedos.  
Necesitas tomar altura y mirar tu mundo desde otra perspectiva. Ha  
llegado el momento. Aférrate a tus alas y vuela. No lo pienses. Es-  
capa».

---

—Ángela, ¿te das cuenta de que me has respondido lo mismo  
en las últimas veinticinco semanas?

Beatriz no la miraba con la compasión que lo hacía la gente de su en-  
torno. Intuía que detrás de esa mujer de apariencia fría y distante ha-  
bía alguien que pedía a gritos romper la barrera que la separaba de la  
vida.

Se conocían desde el colegio, habían compartido pupitre y con-  
fidencias, estuvieron muy unidas hasta que llegaron a la universidad.  
Beatriz estudió Psicología en la Complutense de Madrid. Nunca des-  
tacó por sus notas. A pesar de eso, terminó sus estudios según lo pro-  
gramado. Atraída por la psicología clínica montó su propio gabinete y,

desde entonces, pasaba consulta en la segunda planta de uno de los edificios más cotizados de la Castellana.

Hacía más de doce años que no se veían. Apenas se habían cruzado algún mensaje en Navidad o en cumpleaños. Por eso Ángela se sorprendió cuando vio la foto y el nombre de Beatriz en un perfil donde se recomendaban a los mejores psicólogos de la ciudad.

Consciente de que necesitaba ayuda, marcó con miedo el teléfono que indicaba la página. Escuchó el tercer tono de la llamada y cuando estaba a punto de colgar, una voz anunció que estaba hablando con la consulta de Beatriz Santandreu.

Doce días después, acudía a la cita sin estar muy segura de querer encontrarse con la profesional o con su amiga de la infancia.

Su madre acababa de fallecer, y Ángela sentía que era incapaz de continuar sin la tutela de la mujer que había guiado sus pasos desde que tenía uso de razón.

La terapeuta estaba anotando unas fechas en su agenda cuando Ángela entró en la consulta. Sorprendida, pensó un momento cómo actuar. Ángela se detuvo frente a la mesa. Beatriz no se atrevió a levantarse.

—¡Qué sorpresa verte por aquí, Ángela! ¿Cuánto hace que no nos vemos? —preguntó esbozando una tímida sonrisa.

—Doce años y tres meses, si me dejas un momento te digo los días y hasta los minutos que hace que no nos vemos —respondió antes de romper a llorar.

Desde ese momento, las tardes de todos los miércoles ocuparon la agenda de Beatriz con las sesiones de su amiga.

Durante veinticinco semanas, llevó a cabo una terapia de choque basada en ejercicios que buscasen hurgar en lo más profundo del corazón de Ángela. La mayoría de las veces terminaba llorando y salía de la consulta prometiéndose no volver.

Al finalizar la sesión número 25, Beatriz, consciente de que necesitaba algo más, acercó el sillón orejero al de su paciente. Apartó de sus piernas el cuaderno de notas, y agarró con fuerza las manos de Ángela.

Volvió a ser por un momento la niña que merendaba sándwiches de Nocilla y caminaba junto a su amiga después de salir del colegio. Volvieron a encontrarse las miradas de complicidad, y Beatriz dejó al margen sus conocimientos en psicología para hablar desde el corazón.

Ángela levantó la cabeza y la miró a los ojos. Con la voz quebrada y los labios temblorosos comenzó a decir:

—No sabes lo jodidamente difícil que es vivir sintiendo que vas sin rumbo. No es que no tenga valor para tomar decisiones, es que simplemente no sé qué tengo que hacer con mi vida.

Beatriz la miraba a los ojos sin decir nada.

—Me levanto cada día sabiendo que terminará igual que el anterior. No ocurre nada en el transcurso de las semanas. Nada más allá que perder la tapa de un zapato o comprar tomates en la frutería de la esquina. Y aunque mi vida antes de morir mi madre tampoco era una maravilla, al menos no me sentía así. Huérfana de voluntad.

Beatriz alcanzó un pañuelo de papel y se lo dio a la muchacha, que entre sollozos siguió hablando:

—No conocí a mi padre. En mi casa estaba prohibido hablar de él. Ni siquiera supe nunca cómo era, por más que busqué una foto, no la encontré.

—¿Nunca le preguntaste a tu madre qué había sido de él?

—Mi madre fue siempre de dar pocas explicaciones. Su vida se limitó al trabajo y la casa. No había nada más. Ni planes, ni invitados a cenar. No había proyecto de viajes juntas ni tiempo para hablar de las ilusiones que acabé olvidando.

—¿Cómo era ella? —preguntó Beatriz.

—Era una mujer fría, distante, exigente. Intentó inculcarnos la disciplina y el cumplimiento de nuestras obligaciones desde niñas. No estaba permitido salir a jugar después de clase, ni asistir a ninguna fiesta. No había opciones para enamorarse. Mi madre no aceptaba que pudiésemos estar en compañía de nadie que pudiese despertar algo en nosotras.

—Pero... ¿Qué motivo tenía para comportarse así con vosotras?

—Decía que el alma de las personas era como una herida fresca, parecía cerrada, pero era fácil que se volviese a abrir. Por eso, permanecer aisladas de las emociones nos garantizaba alejarnos del sufrimiento. Mi madre nunca nos hizo felices, porque ella no lo era.

—No tiene sentido, Ángela. Negarse a sentir es negarse a vivir. No es posible que alguien se encierre en sí misma de esa forma sin que exista una causa —explicó la terapeuta.

—Se fue sin que me explicase por qué me obligó a encerrarme en mí misma. Por qué no me permitió elegir para equivocarme. Por qué se mantuvo siempre tan lejos de las ilusiones. Y ahora que lo pienso, caigo en la cuenta de que fue precisamente la persona que más quiso alejarme del sufrimiento la que más dolor me causó —respondió Ángela.

Beatriz la miraba en silencio mientras mantenía sujetas las manos de su amiga.

—La mayoría de las noches me iba a la cama enfadada. Me enfadaba con ella porque odiaba mi vida, y la culpaba. Pensé muchas veces en marcharme. Alguna vez llegué incluso a guardar alguna ropa en mi bolsa de viaje. Pero cuando agarraba el picaporte, me recordaba que no sabía caminar sin guía. Así que, me daba la vuelta, y lentamente devolvía la ropa al armario y sin hacer ruido, me acostaba llorando.

—¿Por qué crees que se marchó tu hermana? Ella se crio con las mismas limitaciones que tú.

Ángela se enjugó las lágrimas.

—Siempre tuvo claro que haría su vida lejos de nosotras, de nuestra casa, de Madrid. Nunca quiso a nadie, por eso tampoco la avisé cuando le diagnosticaron la enfermedad a mi madre. Me quedé a cuidarla, se lo debía, y de alguna forma esa enfermedad me acercó a ella. Aprendí a disfrutar de los abrazos involuntarios que me daba cuando tenía que apoyarse en mí para salir de la bañera, pude observarla tranquila y calmada cuando la enfermedad no le permitía abrir los ojos, y era entonces cuando le contaba lo que había en mí: cuando le reconocía mis deseos de enamorarme, de apren-

der a sentir, la necesidad que tenía de querer y sobre todo de que me quisieran, de mis deseos de escribir una novela romántica que hablase de una mujer fuerte como ella, pero abierta a sonreír y ser feliz. La enfermedad y la fiebre me obligaron a disfrutar de compartir cama con mi madre. Jamás me permitió de pequeña dormir cerca de ella. Y así, recordando esos momentos, yo cerraba los ojos y me acercaba para abrazarla sabiendo que su fragilidad no le permitiría alejarse en ese momento.

Abrumada, hizo una pausa antes de continuar:

—Cuando se encontraba muy mal, mi madre me agarraba las manos y con un hilo de voz me daba las gracias por estar cerca de ella. Eso me reconfortaba, me daba fuerzas para seguir. Puede parecer extraño, pero la enfermedad me regaló a la madre que yo necesitaba. Me dio un tiempo de vida con sabor a muerte que supe degustar. Por eso no quise llamar a mi hermana, porque lo merecía solo yo. —Ángela rompió a llorar desconsoladamente.

Beatriz sabía que la terapia no daría el resultado que la muchacha necesitaba. Buscar en el alma y encontrarse a sí misma no era cuestión de asistir una vez por semana a consulta. Por eso bebió un sorbo del vaso, y respiró hondo antes de decir:

—Esta será nuestra última sesión durante un tiempo —dijo mientras cerraba la agenda.

—Pero... ¿qué dices? —Ángela se mostró desolada.

—El ejercicio propuesto para esta sesión es que viajes sola. Me da igual dónde. Quiero que compres un billete de ida sin fecha de regreso. Vete con poca ropa. Una vez allí, déjate llevar por los días, la gente, el viento, la vida. Deja que las energías te empujen, disfruta de ti y del inmenso placer de conocerte.

Ángela se resistió.

—Eso es una locura, Bea. Te estoy diciendo que no sé lo que tengo que hacer y me mandas a Dios sabe dónde, sin límite de tiempo, ¿qué esperas que haga?, ¿volverme loca?

Beatriz se levantó y se dirigió a la puerta. La abrió con una sonrisa:

—Espero que consigas encontrarte lejos de los recuerdos que remueven tu dolor. Vete lejos, donde nadie te recuerde nada y solo déjate llevar. Deja a la vida hacer y quién sabe, lo mismo esta aventura se convierte en el punto de partida de tu nueva vida. Cuando vuelvas, retomaremos la terapia. Hasta la próxima sesión, Ángela.

### CAPÍTULO III

## AUSCHWITZ, 1944

«**M**E PREGUNTO QUÉ PENSARÍAN, SI PUDIESEN HACERLO, las aves que sobrevuelan este lugar. Imagino el terror que desde el aire sentirían al volar sobre una tierra que huele a muerte. Me pregunto si después de sobrevolar este lugar, volverían a hacerlo si pudiesen elegir otro camino. Imagino que no, que, si esas aves pudiesen pensar, nada sobrevolaría por el cielo de Auschwitz».

---

—¡FUERA, FUERA! —gritaban los SS mientras sujetaban a los perros que ladraban y tiraban de las correas que les impedían acercarse a los vagones. Los canes estaban poseídos, como si quisieran sacar ellos mismos a los prisioneros que llegaban a Auschwitz subidos en trenes de ganado.

Hacinados, en condiciones infrahumanas, miles de personas llegaban a un destino incierto. Después de viajar durante días, en la más completa oscuridad, sin apenas agua ni comida y sin saber la duración del viaje ni el destino que les esperaba.

La mayoría de los prisioneros que llegaban a Auschwitz procedían de guetos judíos, donde habían vivido en condiciones extremas



durante meses. Sin embargo, ninguno de los pasajeros alcanzaba a imaginar la magnitud del horror del lugar al que se dirigían.

Con miedo, los primeros pasajeros comenzaron a bajar con la mirada perdida. Confundidos, se dirigían a los SS para preguntarles dónde se encontraban. Ninguno recibía respuesta que fuese más allá de alguna risa o comentario jocoso.

Un oficial menudo determinaba, con un simple gesto, si los recién llegados eran o no aptos para el trabajo.

Clasificarlos en la fila de la derecha o la izquierda suponía salvar sus vidas ese día o terminar en las cámaras de gas.

---

Jonás Golik llevaba en Auschwitz dos meses. Había visto llegar muchos de esos trenes de ganado. Con cada nuevo convoy sentía el mismo pellizco que la primera vez. No se acostumbraba a los gestos de desamparo de quienes llegaban, ni al momento en que después de bajar el último pasajero, debía subir con sus compañeros de faena para desalojar los cuerpos de quienes no habían podido resistir el viaje.

Desde que veía llegar el tren a los lejos, rezaba para que en los vagones no viajase ninguna persona a la que amase lo suficiente como para olvidar que lo único que debía hacer en ese lugar era sobrevivir.

Jonás tenía veintiún años cuando llegó a Auschwitz. Era un chico inquieto, divertido, apuesto, generoso. Lleno de vida y de proyectos. Ni siquiera la sordidez del gueto consiguió aplacar sus ansias de vivir.

Apasionado de la música y la lectura, soñaba con recorrer el mundo acompañado de un cuaderno de viajes y de su amiga de la infancia.

Fue uno de los miles de prisioneros que bajaron del tren que llegó a Auschwitz el catorce de diciembre de 1943. Había subido al convoy acompañado por su madre y su hermano, pero ninguno de los dos aguantó las condiciones del viaje.

Cada vez que Jonás veía llegar el tren, invadían su mente los recuerdos del día que bajó del vagón completamente solo a pesar de estar rodeado de miles de personas. Al principio, las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras su alma era presa del recuerdo. Pero a medida que pasaron los días, aprendió a contener el llanto y trocarlo por el dolor.

Le habían arrebatado a su familia, sus amigos, su casa y sus sueños. Lo habían alejado del amor y quedó relegado a un simple número de identificación.

La mañana del 23 de febrero de 1944, como cada día, Jonás junto a sus compañeros ocuparon su lugar en la rampa.

Su misión en Auschwitz consistía en seleccionar y clasificar las pertenencias con las que llegaban los prisioneros al campo. Perteneían al Kommando Kanada. Tuvieron suerte en el reparto de tareas. Era uno de los mejores empleos de Auschwitz.

Los nazis permitieron a los prisioneros llevar equipajes, sin embargo, una vez que bajaban del tren, eran desprovistos de ellos al ser considerados propiedad de Alemania.

Los miembros del Kommando a menudo recibían reproches del resto de prisioneros. Los trabajos en los que no mediase la fuerza hacían más fácil la supervivencia.

Por eso Jonás contaba en Auschwitz más de ocho semanas.

En silencio, se dispuso a extender la manta donde debía llevar a cabo la selección de pertenencias. El convoy cargado de prisioneros acababa de llegar, y la rampa se inundó de personas que buscaban respuestas entre miradas de miedo y desconcierto.

—Tú —gritó uno de los SS empujando a Jonás—, traduce a esta gente las instrucciones que voy a darte.

Conocedor de varias lenguas: alemán, polaco y eslovaco; Jonás hacía las veces de intérprete para los nuevos prisioneros.

El militar alzó la voz y comenzó a dar las instrucciones en un perfecto alemán. El muchacho a su lado esperaba paciente su turno para traducir las normas que debían seguir en Auschwitz:

—Sed bienvenidos al lugar en que el trabajo os hará libre «ARBEIT MATCH FREI». Seréis clasificados en dos grupos, los de la fila

de la izquierda pasarán a darse una ducha caliente antes de conocer las habitaciones que tienen asignadas. Los de la derecha iréis directamente al barracón de ingresos donde se os asignará un número de identificación.

La traducción de la gran mentira del campo suponía para Jonás una cooperación con el nazismo. Con sus palabras, ayudaba a calmar los ánimos de una muchedumbre confundida y agotada.

Al cumplir su cometido, los oficiales del campo se garantizaban el orden y la tranquilidad a la hora de clasificar a los nuevos prisioneros.

Tras la colaboración, Jonás se llenaba de rabia, apretaba fuerte los puños y los dientes y respiraba hondo antes de maldecirse a sí mismo.

Junto al muchacho siempre estaba Amiel. Llegaron juntos al campo y compartían barracón y trabajo en la rampa. Tenía cinco años más que Jonás y hacía los oficios de hermano mayor.

Era un hombre sereno, justo y noble. El único capaz de calmar a Jonás cuando la rabia le hacía olvidar que tenía que dejar de hacerle pulsos a la muerte.

Esa mañana, Jonás, agarró uno de los equipajes que estaba tirado en la rampa. La maleta estaba cerrada con cuerdas. No había nada especial en ella. Nada podía hacerle sospechar que su vida en Auschwitz estaba a punto de cambiar.

Al abrirla, se percató rápido de que pertenecía a una mujer, contenía una camisa blanca de algodón de manga larga con unas iniciales bordadas, LW. Había también un libro, un peine y una bolsa de horquillas. En el fondo de la maleta, envuelto en un pañuelo, encontró un broche.

Colocó el pañuelo en la palma de la mano y sostuvo el broche en el centro. No tardó en reconocerlo. Nervioso le dio la vuelta, en la plata había grabado un nombre: LENA.

## CAPÍTULO IV

### LENA

«**D**ESDE QUE TENGO USO DE RAZÓN RECUERDO A MI MADRE decir que yo era la niña más valiente que había conocido. Mi madre estaba absolutamente convencida de esa afirmación. No había nadie que sintiese más miedo que yo a la oscuridad y ella, a pesar de saberlo, mantenía que yo era la persona más valiente que había conocido.

»Han tenido que pasar muchos años para que comprendiese que ser valiente no implica carencia de miedos, sino la capacidad de enfrentarse a ellos».

---

Estaba de pie en la más completa oscuridad, escuchando sollozos y lamentos de alguien que no sobreviviría.

Magdalena Wiesel tenía diecisiete años y viajaba en el tren que llegó a Auschwitz el 23 de febrero de 1944.

Cuando el convoy frenó, una mujer al fondo del vagón profirió un grito de espanto, como si hubiese querido anticiparles el horror que vivirían.

A los pocos segundos de detenerse, las puertas del vagón se abrieron bruscamente. Había perros sujetos con correas y militares uniformados dando órdenes:

—¡Deprisa, salid, rápido! —gritaban.

Magdalena reconoció el rostro de las personas que habían viajado junto a ella llenos de incertidumbre. Los prisioneros fueron bajando uno a uno. Ella se mantuvo de pie paralizada por el miedo, observando cada detalle del vagón.

Cuando apenas quedaba nadie dentro, la muchacha se dispuso a descender del convoy. Había llegado el momento de conocer el destino del viaje.

—¿Podría ayudarme, por favor?

A su espalda, escuchó la voz de una mujer. Se giró para conocer de quién se trataba. Al fondo del vagón, en el lado opuesto, una anciana intentaba incorporarse. Corrió a su lado, se arrodilló junto a ella, la miró a sus profundos ojos azules y le acarició la cara:

—No se preocupe, agárrese fuerte a mí, yo la ayudo.

Con dificultad, la anciana se puso de pie mientras la muchacha hacía las veces de bastón para que pudiera sujetarse y levantar el peso de un cuerpo malnutrido. La mujer la observó, y ambas esbozaron una sonrisa. Caminaron lentamente hasta la puerta del vagón, donde un oficial había asomado la cabeza para exigirles que saliesen inmediatamente.

Cuando se disponían a bajar, la anciana apretó el antebrazo de la muchacha, respiró hondo y con la mirada llena del mismo porcentaje de amor que de miedo, le susurró:

—No va a ser fácil, pero recuerda siempre estas palabras. Cuando en algún momento sientas que no puedes, recuerda que eres fuerte y que vas a salir de aquí.

La chica, escéptica, la contempló en silencio.

—No olvides tus raíces ni tus principios. Aférrate a tus sueños y a quien más quieres. El amor es tan fuerte que será capaz de mantenerte con vida. Ten fe.

—¿Quién es usted?

La mujer le dedicó una sonrisa y una caricia en las mejillas, antes de responder:

—Solo soy una vieja cansada. Alguien a quien pocos recordarán y que la muerte encontrará en paz.

La muchacha se estremeció al sentir la caricia de la anciana, y las lágrimas, comenzaron a brotar en silencio.

—¿Cómo se llama? —preguntó emocionada.

La anciana cogió las manos de Lena en señal de despedida, respondió que se llamaba Paula. Siguió caminando con dificultad, cumpliendo las órdenes de los SS, y guardando su lugar en la fila que decidiría su destino. No volvería a verla.

Perdió de vista a la anciana y comenzó a caminar entre la gente. Estaba aturdida, llevaba días sin comer ni beber agua. Comenzó a caminar sin rumbo entre la muchedumbre.

Al final del andén había reclusos en uniformes de rayas. Se respiraba un olor extraño que era incapaz de comparar con nada parecido. Tardó poco en percatarse de que en Auschwitz la tristeza se podía ver, oler, oír y tocar. En su paseo por el andén, se cruzó con niños que llorando buscaban a sus madres entre la multitud. Ancianos que miraban en todas las direcciones buscando ayuda. Mujeres y hombres desconcertados que necesitaban respuestas.

Le dolía la cabeza. Tenía signos de deshidratación. Sintió que perdía las fuerzas, pero debía caminar hacia la fila donde un oficial decidía si era apta o no para el trabajo.

Aguantó sin saber cómo los minutos de espera que transcurrieron hasta que llegó a la altura de un hombre que la miró con desprecio. Con un simple gesto la clasificó en la fila de la derecha.

A lo lejos, una voz grave daba instrucciones en alemán, mientras prisioneros con uniformes traducían a los recién llegados las normas del campo:

—Dejad los equipajes a lo largo de la rampa, no os preocupéis por ellos —ordenó uno de los oficiales.

Los pasajeros del tren apenas llevaban algunas pertenencias de poco valor dentro de la maleta que los acompañaba. Los nazis llevaban a cabo registros semanales en los guetos. Los prisioneros apenas tenían pertenencias de valor que no hubiesen sido requisadas con anterioridad.

Magdalena Wiesel solo temía perder un broche de plata, regalo de su abuela que tenía grabado su nombre en el reverso. Consiguió mantenerlo escondido durante los registros y no dudó en llevarlo con ella el día que la trasladaron a Auschwitz.

En la plata, con letras mayúsculas y cursivas, se podía leer el nombre con el que su abuela y Jonás Golik la llamaban: LENA.

Nunca fue una niña obediente. Era una rebelde empeñada en cumplir sus sueños, al menos, eso era lo que su abuela decía entre risas, cada vez que su madre se enfadaba por algo que Lena no había hecho según lo previsto.

Desde muy pequeña, encontró la horma de su zapato en alguien que la acompañaba. Se enamoró, sin ser consciente, de su mejor amigo de la infancia. Alguien especial, tan valiente como para aferrarse a sus ilusiones a pesar de todo y de todos.

Lena era testaruda, inteligente, romántica, impulsiva y risueña. Le gustaba leer y escuchar las historias que Jonás Golik contaba acerca de los viajes que harían por el mundo.

Hacía más de dos meses que no se veían. En diciembre de 1943 hubo muchos traslados desde el gueto donde residían. La familia de Jonás fue de las primeras en abandonarlo. Sin tiempo para despedirse, el muchacho dejó escrita en una nota: «VOLVERÉ PARA BUSCARTE, LENA». Tenía la esperanza de que ella la encontrase cuando al notar su ausencia, buscase algún mensaje en su casa.

Poco después de que los judíos abandonasen el gueto, las tropas nazis saquearon las viviendas destrozando todo a su paso, y la nota que Jonás escribió para Lena quedó tirada en el suelo sin que nadie pudiese leerla.

## CAPÍTULO V

A-19316

«**U**N DÍA, ALGUIEN QUE YO NUNCA CONOCERÉ, VERÁ ESTAS fotos. Me pregunto si será capaz de apreciar a través de mis ojos el miedo que siento en este momento».

---

El barracón de ingresos estaba lleno de mesas repletas de documentos, fechas y números que hablaban de vidas deshechas. Las mujeres entraron en orden. Guardando silencio y temblando ante la incertidumbre. El barracón de ingresos era una nave adaptada a oficinas de identificación de prisioneros. Repartidas a lo largo, se diferenciaban las estancias por las que debían pasar las presas antes de continuar.

Lena fue una de las últimas en entrar. Caminó observando todo cuanto la rodeaba. Escuchó al fondo los sollozos de las prisioneras que habían avanzado por las estancias del barracón. A su espalda, una funcionaria uniformada espetó:

—¡Tú! Quítate la ropa, la dejas en ese montón y te pones este uniforme.

En pocos segundos, Lena ya vestía el uniforme femenino de Birkenau. Un vestido abotonado por delante con cinturón. Era de manga corta, algo que ya indicaba la falta de compasión que los nazis



tenían a los prisioneros. En febrero, las temperaturas de Auschwitz oscilaban entre los menos tres y los dos grados de máxima. Lo que suponía que las mujeres entrasen en muchos casos en estado de hipotermia mientras trabajaban, llegando incluso a perder el conocimiento.

A pesar de los sollozos y lamentos de sus compañeras, Lena consiguió mantener la calma y esperó paciente su turno para ser marcada.

—En el brazo izquierdo —le dijo un prisionero que cumplía con su trabajo como tatuador del campo.

La muchacha lo extendió y observó como el hombre fue dibujando en el lado externo del antebrazo el número que la acompañaría el resto de su vida: A-19316.

Aún con muestras de dolor por la marcación de la piel, avanzó hasta el lugar donde las mujeres eran desprovistas de su cabello. No fue capaz de llorar ni de decir nada. Asumió desde la rabia su paso por las estancias que iban dejando atrás a la Lena que llegó subida al tren.

—Pasa al fondo que te hagan la fotografía —le indicó el prisionero.

—Lena caminó con los ojos vidriosos hacia el fondo del barracón. Un prisionero, cámara en mano, hacía las fotografías que se incorporaban a los archivos.

—Mira al frente y después a un lado mientras sujetas tu número.

Al terminar, el hombre indicó la salida. Ella se quedó observándolo en silencio. Le temblaban los labios.

El prisionero dejó la cámara, miró a su alrededor, y se percató de que no había nadie que pudiese observarlos ni recriminar su comportamiento. Se acercó a ella y le sujetó las manos:

—Ojalá pudiese decirte algo que te consolase en este momento —le dijo—, pero ya no soy capaz ni siquiera de imaginar algo mejor de lo que me espera. Tienes que ser fuerte y marcarte cada día como un reto para poder superarlo. Esto es una carrera de fondo. No te detengas. No pienses. Solo intenta sobrevivir.

Lena salió siendo el número A-19.316, desprovista de su ropa y cabello. Se enjugó las lágrimas mientras caminaba hacia el lugar donde dormiría con el resto de sus compañeras.

Caía el sol en Birkenau cuando se detuvo en mitad del camino que conducía al barracón de las prisioneras. Se ahogó en los recuerdos. No pudo contener el llanto. Se sintió desfallecer cuando, sentada en el suelo, buscó el apoyo de una pared donde recuperar fuerzas antes de seguir. Se acarició la cabeza que descansaba apoyada sobre las rodillas y, aunque no se había visto, pudo imaginar al tocarse cuál era la imagen que tenía en ese momento.

Pasados unos minutos, Lena se levantó con dificultad, caminó despacio por las calles de tierra mientras arrastraba los pies y sentía la pérdida de todo cuanto los nazis le habían arrebatado.

No tenía opciones. Había que enfrentarse a ese lugar para sobrevivir y ella estaba decidida. Saldría de allí con vida.